

tra! ¡Amarnos, juntos contemplar el mar infinito, el cielo azul, juntos adorar á un solo Dios, y vivir juntos siguiendo sus preceptos!

Callaron ambos, absortos en la idea de su futura felicidad. Él la estrechó contra su pecho y en su anillo de patricio se veía reflejar el resplandor de la luna. Todo á su alrededor yacía en el silencio; ni el más leve rumor turbaba la paz de sus almas.

— ¿Me permitirás que visite á Pomponia?

— ¡Sí, querida mía! La invitaremos á nuestra casa ó iremos nosotros mismos á buscarla. Si lo deseas, también llevaremos con nosotros al apóstol Pedro. Los años y los trabajos le han encorvado el cuerpo y le han extenuado. También vendrá con nosotros Pablo para convertir á Aulo Plaucio, y como fundan los guerreros colonias en lejanos países, así fundaremos nosotros una colonia de cristianos.

Licia le cogió una mano para besarla; pero él murmuró á su oído:

— ¡No, Licia, no! Yo soy quien debo adorarte; dame tus preciosas manos.

— ¡Cuánto te amo!

Y Vinicio imprimió un beso sobre la delicada mano de Licia. Durante algunos minutos no se hubiera oído más que el latir de sus corazones. Ni un soplo ligero en el aire tranquilo; hasta los cipreses permanecían inmóviles: parecía como si no se atreviesen á respirar para no turbar tan solemne calma.

De pronto se interrumpió el silencio y pareció que el terrible rumor del trueno se desataba desde las profundas entrañas de la tierra. Licia se encogió atemorizada. Vinicio se levantó y dijo:

— Son los leones del *Vivarium*.

Ambos pusieron atención. Al primer rugido respondió el segundo, el tercero y luego muchos y muchos otros, desde todos los extremos de la ciudad. Millares de leones estaban encerrados en diferentes Circos de Roma, y á menudo, á media noche, apoyando sobre las barras de hierro sus cabezas gigantescas, desfogaban en tremendos rugidos la nostalgia de los desiertos y el deseo de la perdida libertad.

Y aquel llanto inmenso resonaba por la ciudad como el fragor del trueno. Había en aquellos rugidos algo tan amenazador, que Licia, cuyos rosados sueños de un porvenir feliz habían sido bruscamente interrumpidos, sintió oprimírsele el corazón y se levantó temblando.

Pero Vinicio la abrazó tiernamente para animarla y le dijo:

— No temas nada, amor mío; se acerca la época de los juegos y todos los vivares están llenos de fieras.

Poco después volvieron ambos á entrar en la casa de Lino, seguidos de los rugidos de los leones, que iban aumentando en intensidad.

XL

En Anzio, entretanto, Petronio alcanzaba casi diariamente nuevas victorias sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor de César. La influencia de Tigelino había decaído notablemente. En Roma, donde frecuentemente se presentaba ocasión de quitar de en medio á personas peligrosas y saquear sus propiedades, ó decidir cuestiones políticas, ó representar espectáculos maravillosos por su lujo y su gusto corrompido, ó satisfacer todos los monstruosos caprichos de César, Tigelino era indispensable, como el hombre indicado para todo esto. Pero en Anzio, la ciudad de los palacios reflejados en las azules ondas del mar, Nerón llevaba una vida helénica. Desde la mañana hasta la noche, él y sus cortesanos leían versos, discutían el valor literario de los mismos, hablaban de música, de teatro, en una palabra, de todos los recursos que el genio griego había encontrado para embellecer la existencia. Petronio superaba por la solidez de su cultura así á Tigelino como á los demás augustianos; era elocuente, poseía un gusto exquisito, y gozaba por esto del completo favor de César, el cual buscaba su compañía, consultaba su opinión, le pedía consejo acerca de sus composiciones y le demostraba más amistad que nunca. Les parecía, por lo tanto, á los cortesanos que la influencia de Petronio había alcanzado ya el mayor triunfo que podía desearse, y que el vínculo íntimo entre él y César se había estrechado hasta el punto de no temer una ruptura eventual en muchos años. Por esta razón, aun aquellos que no habían disimulado su aversión hacia el docto epicúreo, empezaban entonces á solicitar su favor. Muchos entre ellos se manifestaban satisfechos de que la balanza se hubiese inclinado de la parte de un hombre que sabía juzgar á las personas y que, acogiendo con cierta sonrisa incrédula las adulaciones de sus antiguos enemigos, fuese por indolencia ó por refinamiento de gustos, no pensaba en vengarse, ni en usar de su poder en perjuicio de los demás. Sentía á veces la tentación de derribar á Tigelino, pero se contentaba con el placer de ponerle en ridículo, haciendo resaltar toda su vulgaridad y su ignorancia. El Senado romano al fin respiraba: mes y medio hacía que no se había pronunciado una sentencia de muerte. Es verdad que se hablaba en Anzio y en la capital de ciertos refinamientos en la vida íntima de Nerón y de sus favoritos, pero todos preferían el César refinado al César embrutecido, como lo era en manos de Tigelino. Éste, sin embargo, no se daba por vencido y entretenía sus ocios meditando en los medios que emplearía para rehacerse. César solía repetirle que en Roma y en toda su corte no existían más que dos almas nacidas para entenderse, él y Petronio, dos verdaderos helenos. La agudeza poco común de este último confirmaba en el pueblo la idea de que su influencia duraría mucho más que todas las precedentes. No existía ni la más remota duda de que César seguiría mostrando su predilección por Petronio, porque, en caso contrario, ¿con quién discutiría sobre música, poesía y otros asuntos de arte? ¿En qué otros ojos podía leer,

para convencerse de la perfección de sus creaciones? Petronio, con su acostumbrada indiferencia, parecía no querer atribuir gran importancia á su posición; como siempre, se mostraba despreocupado, perezoso, escéptico y agudo. Examinándole detenidamente se hubieran podido descubrir en él las huellas de un desprecio profundo de sí mismo, de César, del mundo entero. A veces se atrevía á censurar abiertamente á Nerón, y cuando los demás, considerando el caso demasiado expuesto, se preparaban á asistir á su perdición, él con un habilísimo golpe de mano lograba cambiar la situación en provecho propio. Con esto despertaba la general admiración y en todos los concurrentes la seguridad de que saldría siempre victorioso en cualquier empresa, por ardua que fuese.

Cerca de una semana después del regreso de Vinicio de Roma, César leía en reducido círculo de cortesanos un fragmento de su *Iliada*. Cuando terminó en medio de vivas aclamaciones, dirigió á Petronio una mirada interrogadora; éste contestó:

— Versos vulgarísimos, dignos de que se arrojen al fuego.

Todos los presentes quedaron petrificados de terror. Desde que estaba en el mundo, Nerón no había oído jamás semejante juicio.

El rostro de Tigelino aparecía radiante de alegría. Vinicio, en cambio, estaba mortalmente pálido y su opinión era que Petronio, por primera vez en su vida, se había excedido. Nerón con voz melosa, en la cual, sin embargo, se transparentaba á su pesar el amor propio ofendido, preguntó:

— ¿Qué encuentras en ellos de reprochable?

— No creas á esos, continuó Petronio, señalando á los demás; esos no entienden una palabra. ¿Preguntas lo que encuentro censurable en tus versos? Pues bien: ya que deseas saber la verdad, ¡ójela! Tus versos serían dignos de un Ovidio, de un Virgilio, hasta de un Homero, pero no de ti; á ti no te está permitido escribir de esa manera. El incendio por ti descrito no es bastante luminoso, y ese fuego no arde suficientemente. No prestes atención á las adulaciones de Lucano. Si esos versos fuesen suyos, le declararía genio, no lo niego; pero, tratándose de ti, la cosa varía. ¿Y sabes por qué? Porque eres más grande que todos. De quien fué dotado por los dioses tan espléndidamente, debe esperarse mucho más. Pero eres perezoso; después de comer prefieres dormir antes que limar tus versos, cuando eres capaz de crear una obra maestra, como hasta el presente no se ha conocido. Por esto, precisamente, te digo con la mayor franqueza: escribe otra cosa mejor.

Dijo todo esto con aire desenvuelto, casi sonriendo, pero con un sutil dejo de censura en el tono. Los ojos de César se humedecieron de emoción.

— Es verdad, dijo, que los dioses me concedieron algún talento; pero me concedieron también otra cosa que me es cien veces más querida: un verdadero conocedor del arte y un verdadero amigo, el único en el mundo capaz de decirme cara á cara la pura verdad.

Y diciendo esto, extendió su mano gruesa, cubierta de pelo rojo, hacia un candelabro de oro, para quemar los versos. Pero Petronio cogió el pliego antes de que la llama lo lamiese.

— ¡No, no!, exclamó; también estos pertenecen á la humanidad. ¡Déjamelos!

— Permíteme, á lo menos, que te los envíe en una cajita de mi invención, respondió César, abrazando á Petronio. Es mucha verdad, dijo después de una breve pausa; mi incendio de Troya no es bastante resplandeciente, en mi fuego falta ardor, pero yo creí que bastaba para rivalizar con Homero. Siempre he sido demasiado tímido y he confiado poco en mis fuerzas. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Y sabes por qué me sucede lo que has observado? Cuando un escultor trata de modelar la estatua de un numen, busca un modelo; yo nunca tuve ninguno. Nunca

he visto una ciudad incendiada; por esto hay falta de verdad en mi descripción.

Después de reflexionar un poco, añadió:

— ¡Responde á mi pregunta, Petronio! ¿Lamentas el incendio de Troya?

— ¿Si lo lamento? ¡Por el cojo esposo de Venus, todo lo contrario! Y la razón es obvia. Troya no hubiera sido destruída por las llamas, si Prometeo no hubiese concedido el fuego á los hombres y si los griegos no hubiesen declarado la guerra á Príamo. Si no existiese el fuego, Esquilo no hubiera escrito su *Prometeo*, y si no hubiera estallado la guerra de Troya, no tendríamos la *Iliada* de Homero. Y á decir verdad, es más preciosa para nosotros la existencia de un *Prometeo* y de una *Iliada* que la de una pobre ciudad, más ó menos bonita, donde ahora un gobernador cualquiera te fastidiaría con sus discordias con el areópago.

— Esto se llama hablar con sensatez, respondió Nerón; es justo y hasta obligatorio sacrificarlo todo cuando se trata del arte y de la poesía. ¡Felices los aqueos que proporcionaron á Homero tan hermosa materia para su *Iliada*, y dichoso Príamo que pudo contemplar las ruinas de su ciudad natal! Por mi parte, puedo decir que nunca he visto arder una ciudad.

Siguió un breve silencio que Tigelino interrumpió con estas palabras:

— Ya te he dicho, ¡oh César!, que ordenes y yo incendiaré Anzio, ó si te duele destruir estas quintas y palacios, manda que pegue fuego á las naves de Ostia; ó mejor aún, se podría construir sobre el monte Albano una gran ciudad de madera, que incendiarías tú mismo: ¿quieres?

— ¿Y yo debería contemplar el incendio de algunas chozas de madera?, preguntó Nerón fulminando contra Tigelino una ojeada de desprecio. Es preciso confesar que ya careces de recursos. Veo además el concepto que has formado de mi ingenio y mi *Iliada*, pues todo sacrificio te parece superior á mis méritos.

Tigelino palideció. Pero Nerón, con el aire de quien trata de dar otro giro á la conversación, se apresuró á decir:

— Se acerca el verano. ¡Cómo infestarán toda Roma las emanaciones pestíferas! Pero es fuerza regresar para los espectáculos estivales.

— Cuando hayas despedido á tus cortesanos, permíteme, ¡oh César!, permanecer un instante contigo, dijo Tigelino.

Una hora después Vinicio y Petronio dejaron la quinta del emperador, y observó el joven tribuno:

— ¡Te digo la verdad! Me has hecho pasar un mal rato, porque creí que estabas borracho y te veía perdido, sin esperanza alguna de salvación. ¡Piensa que te has jugado la vida!

— Esta es precisamente mi arena, dijo Petronio despreocupado; y la conciencia de que soy el mejor gladiador me causa placer. ¿Has visto cómo ha terminado la cosa? Mi influencia esta noche ha aumentado considerablemente. Me enviará sus versos en un cofrecito que, estoy seguro de ello, será riquísimo, pero de pésimo gusto. Lo usaré para guardar en él las recetas de mi médico. Por otra razón sostuve aquella disputa peligrosa: Tigelino, que ve el buen éxito de mi proceder, tratará de imitarme, y entonces... me figuro lo que sucederá. Cuando quiere distinguirse con algún rasgo de su ingenio, es el retrato verdadero de uno de aquellos osos de los Pirineos que se ven con frecuencia en las ferias saltando la cuerda. Reiré como Demócrito. Si yo quisiese, podría inutilizar á Tigelino y ocupar su puesto de prefecto de los pretorianos, y entonces *Enobarbo* sería completamente mío. Pero confieso que soy indolente, y prefiero mi vida actual y hasta los versos de César á tales trabajos.

— ¡Qué habilidad en convertir en alabanza tanta censura! Pero esos versos ¿son verdaderamente tan malos? Yo no entiendo una palabra.

— No diré que sean peores que los de otros. Pero Lucano tiene en su dedo meñique mucho más talento del que existe en todo el *Enobarbo*. Por lo demás, es innegable su pasión inmensa por sus poesías y por su música. Dentro de dos días estamos invitados á oír su himno en honor de Afrodita, armonizado por él mismo y que hoy ó mañana debe terminar. Asistiremos muy pocos: tú, yo, Tulio Senecio y el joven Nerva. Sin embargo, no es justo que yo me sirva de los versos de Nerón después del banquete, como Vitelio de su varita de marfil. Las frases de Hécula son conmovedoras: se lamenta de los dolores sufridos en el parto, y creo que Nerón ha sabido hallar felices expresiones para la descripción, tal vez porque á él le resulta también muy difícil parir sus versos. ¡Por Pólux! ¡Qué extraña mezcolanza! ¡Ni Calígula podría ponerse en parangón!

— ¿Quién puede prever hasta dónde han de llegar los excesos de Nerón?, preguntó Vinicio.

— ¡Nadie! Es capaz de urdir monstruosidades tales, cuyo solo recuerdo hará estremecer por siglos y siglos á las futuras generaciones. Y eso me interesa en él precisamente, por más que yo, como un Júpiter Ammón en el desierto, me haya hastiado de él muchas veces; pero esto me hubiera sucedido más á menudo con otro César. Pablo, tu judío, es elocuente, lo reconozco; y si esa religión es defendida y propagada por muchos hombres como él, nuestros dioses corren grave peligro de ser destronados, si no se defienden valerosamente. Verdad es que si César, por ejemplo, fuese cristiano, estaríamos todos más seguros. Pero tu profeta de Tarso, que quería convencerme, no pensaba que es precisamente lo desconocido lo que ofrece tantos atractivos á mi vida. El que no suele jugar á los dados no perderá en ellos su patrimonio, y sin embargo todos juegan. Hay en esto una sensación agradable. Yo he conocido hijos de senadores y de patricios que se han hecho gladiadores por su propio gusto. Dices que me juego la vida, y es verdad; pero juego porque así me place, mientras las virtudes de los cristianos me iluminarían como las disertaciones de Séneca. Por esto Pablo derrocha conmigo su elocuencia en vano. Debería comprender que á los hombres de mi temperamento les es difícil profesar su religión. Tú, en cambio, dada tu manera especial de sentir, debes odiar el nombre de Cristo, ó hacerte cristiano en seguida. Yo adivino, no lo niego, la verdad de sus palabras. Pero nosotros somos los llamados espíritus perfectos y nos precipitamos en el abismo; el futuro nos ofrece algo inesperado, bajo nuestros pies el terreno cede, se hunde, á nuestro alrededor algo desaparece..., pues bien, ¡sea! Sabremos morir, pero hasta entonces no queremos considerar la vida como un fardo que nos han confiado, ni queremos ofrecernos como siervos á la muerte antes de que ella nos coja. ¡La vida se vive por sí misma y no en espera de la muerte!

— ¡Te compadezco, Petronio!

— Me parece que deberías compadecerte á ti mismo. Antes, cuando estabas con nosotros, te mostrabas siempre contento y alegre, y durante tu permanencia en Armenia no deseabas más que regresar á Roma.

— Y ahora también lo deseo.

— Es verdad, porque amas á una vestal cristiana del Trastevere. Esto no me asombra y no podría censurarte por ello. Me admiro, no obstante, al ver cómo, á pesar de la religión que me describes como fuente de alegría y á pesar del amor que tendrá pronto su hermosa y anhelada solución, tu rostro conserva siempre el mismo aire de tristeza. Y también Pomponia Grecina está siempre meditabunda. Puede decirse que desde que eres cristiano has abandonado la sonrisa. No trates de convencerme de que tal religión es alegre. Estás más triste que nunca. Si así es como aman los cristianos, ¡por la rizada cabellera de Baco, procuraré no imitarlos!

— Es todo lo contrario, respondió Vinicio. Yo no juraré por los rizos de Baco; pero en cambio te juro por el alma de mi padre, que antes no tuve jamás la menor idea de la felicidad de que gozo ahora. Pero lo que me atormenta de un modo extraño es el temor de que amenace un peligro á Licia estando yo lejos de ella. No sé explicarme qué peligro, ni de dónde pueda venir, pero lo siento como se siente la proximidad del huracán.

— Dentro de dos días gestionaré que se te conceda permiso para ausentarte de Anzio hasta que te plazca. Popea está ahora más tranquila, y según he podido averiguar, por su parte no amenaza ningún peligro á tu Licia.

— Justamente hoy me preguntó qué tuve que hacer en Roma, por más que mi viaje fué secreto.

— Quizá tiene espías para que te sigan. Pero ahora... ¡le ha caído qué hacer conmigo!

— Pablo me enseñó, dijo Vinicio, que á veces Dios mismo nos avisa; no puede creerse, sin embargo, en presagios. Yo hago lo posible por sofocar esta creencia, pero no lo consigo. Te contaré lo que sucedió y que me tiene más inquieto. Licia y yo estábamos sentados uno junto á otro, una noche tranquila y serena, haciendo proyectos para el porvenir. ¡Seríamos tan felices!.. De pronto se oyeron los rugidos de los leones. Esto no es extraño en Roma, es verdad; pero desde entonces no tengo paz en mi espíritu. Me parece que aquellos rugidos me anunciaban alguna desgracia. Tú sabes si soy miedoso, y sin embargo, aquel hecho, en sí tan natural y corriente, me llena de miedo. Aún siento resonar aquel rugido salvaje y mi corazón tiembla como si Licia necesitase mi defensa contra algo terrible..., ¡contra los mismos leones! Mi alma está en la tortura. Obténme el permiso para salir de Anzio, te lo ruego; de lo contrario, tendré que marcharme sin él. No puedo permanecer aquí más tiempo, no puedo, ¡te lo repito!

— Los hijos de los cónsules, ó sus mujeres, no son arrojados á la arena para pasto de los leones, observó Petronio sonriendo. Será muy distinta la muerte que te corresponderá, verás. ¿Quién sabe si eran en realidad leones? Tampoco los búfalos germánicos tienen la voz muy agradable, ni distinta de la de los leones. Por mi parte, no me preocuparían los presagios, ni el hecho. La noche pasada hacía calor y vi una lluvia de estrellas. Pues bien; muchos hacen por esto tristes pronósticos; yo, en cambio, he pensado: Si entre esas estrellas está la mía, no me faltará compañía numerosa.

Calló y añadió después de breve pausa:

— Si es verdad que tu Cristo resucitó de la muerte, Él mismo puede protegernos contra todo accidente.

— ¡Es muy posible!, contestó Vinicio.

Y dirigió la mirada al cielo, donde relucían millares de estrellas.